

El hijo del elefante

Rudyard Kipling



EL HIJO DEL ELEFANTE

Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación e Innovación

María Soledad Acuña

**Subsecretario de Planeamiento Educativo, Ciencia
y Tecnología**

Diego Javier Meiriño

Directora General de Planeamiento Educativo

María Constanza Ortiz

**Subsecretario de Ciudad Inteligente y Tecnología
Educativa**

Santiago Andrés

**Subsecretaria de Coordinación Pedagógica
y Equidad Educativa**

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

**Subsecretario de Carrera Docente y Formación
Técnica Profesional**

Javier Tarulla

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

El hijo del elefante

Rudyard Kipling

Selección y adaptación: Mirta Torres y María Elena Cuter

Colaboración: Marcos Alfonzo y Silvia Saucedo

Diseño gráfico: Alejandra Mosconi y Estudio Cerúleo

Ilustraciones: Rodrigo Folgueira

Equipo editorial externo

Coordinación: Alexis B. Tellechea

Edición: Natalia Ribas

Diagramación: Estudio Cerúleo

El hijo del elefante / compilado por Mirta Torres ; María Elena Cuter. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Ministerio de Educación e Innovación, 2019.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-673-494-3

1. Educación Primaria. 2. Lengua. 3. Literatura. I. Torres, Mirta, comp. II. Cuter, María Elena, comp.
CDD 372.6

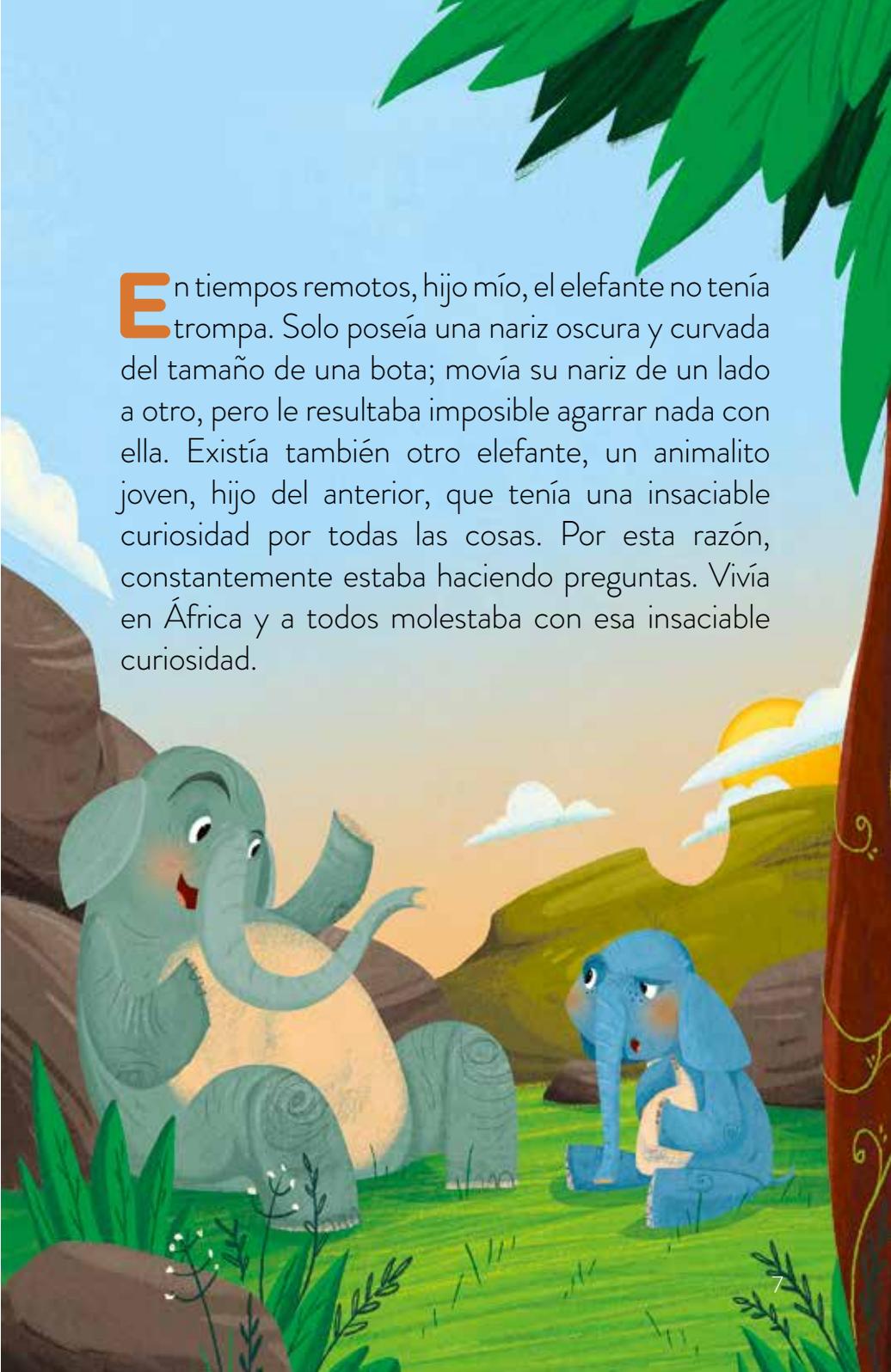
ISBN: 978-987-673-494-3

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación e Innovación

Subsecretaría de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología
Dirección General de Planeamiento Educativo
Holmberg 2548/96, 2º piso. C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.



En tiempos remotos, hijo mío, el elefante no tenía trompa. Solo poseía una nariz oscura y curvada del tamaño de una bota; movía su nariz de un lado a otro, pero le resultaba imposible agarrar nada con ella. Existía también otro elefante, un animalito joven, hijo del anterior, que tenía una insaciable curiosidad por todas las cosas. Por esta razón, constantemente estaba haciendo preguntas. Vivía en África y a todos molestaba con esa insaciable curiosidad.



Preguntaba a su alta tía, el avestruz, por qué le crecían las plumas de la cola, y su alta tía lo apartaba con un golpe de su larga pata. Preguntaba a su otra tía, también alta, la jirafa, por qué tenía tantas manchas en la piel, y su esbelta tía jirafa lo empujaba con su durísima pezuña. Pero seguía lleno de su insaciable curiosidad.

Molestaba también con sus preguntas a su rechoncho tío, el hipopótamo, para saber por qué tenía los ojos tan rojos, y su rechoncho tío lo pateaba con su enorme pata. Y del mismo modo preguntaba a su peludo tío, el mandril, por qué eran tan dulces los melones, y su peludo tío mandril le daba un coscorrón con su mano peluda.

Pero el elefante seguía lleno de su insaciable curiosidad. Hacía preguntas de cuanto veía, oía, olía o tocaba.



Una luminosa mañana al comenzar el verano, el hijo del elefante hizo una pregunta que hasta entonces no había formulado:

—¿Qué come el cocodrilo?

Su padre y su madre lo hicieron callar con un “¡chist!” y lo miraron aterrorizados. Pero el elefante fue al encuentro del pájaro kolokolo, que estaba posado en la rama de un espino.

—Mi padre y mi madre me han castigado, y también todos mis tíos —le dijo el elefante—, por mi insaciable curiosidad; pero, a pesar de todo, quisiera saber qué come el cocodrilo.

El pájaro kolokolo le contestó con su voz quejumbrosa:

—Vete a las orillas del gran río Limpopo, que tiene las aguas verdosas y grises y corre entre los altos árboles, y allí lograrás saber lo que quieres.

A la mañana siguiente, el hijo del elefante recogió cincuenta kilos de plátanos (de los pequeños y rojizos), cincuenta kilos de caña de azúcar (de la de color púrpura) y gran cantidad de melones para el viaje, y se despidió de todos sus familiares.

—Adiós —les dijo—. Me voy hacia el gran río Limpopo, que tiene las aguas verdosas y grises y corre entre los árboles. Quiero saber qué come el cocodrilo.

Y luego se puso en marcha. Iba comiendo melones, y cuando caía la cáscara la dejaba en el camino porque no podía levantarla. Has de saber, hijo mío, que hasta aquel día el curioso hijo del elefante jamás había visto un cocodrilo y no sabía cómo era.

A lo largo del camino encontró una serpiente boa de dos colores, enroscada en una rama.

—Perdone usted —le dijo el elefante con muy buenos modales—, ¿ha visto por estas regiones una cosa llamada cocodrilo?

—¿Me preguntas si he visto un cocodrilo? —dijo con voz terriblemente burlona la serpiente boa de dos colores—. ¿Y qué me vas a preguntar a continuación?

—Perdone usted —le respondió el hijo del elefante—, ¿sería tan amable de decirme también qué come el cocodrilo?

La serpiente boa de dos colores se desenroscó de la rama y le dio un empujón con la punta de su cola.

—No puedo comprender —dijo el hijo del elefante— por qué mi padre y mi madre, mis tías, por no mencionar a mi tío el hipopótamo, ni a mi otro tío el mandril, todos me han castigado por mi insaciable curiosidad... y parece que aquí ocurre lo mismo.

Muy educadamente le dijo adiós a la serpiente boa de dos colores y la ayudó a enroscarse de nuevo en la rama. Continuó su camino comiendo melones y tirando la cáscara por allí, hasta que pisó lo que creyó que era un tronco en la misma orilla de las aguas verdosas y grises del río Limpopo.

Pero aquello, hijo mío, no era ni más ni menos que el cocodrilo, y el cocodrilo guiñó un ojo.

—Perdone usted —le dijo el elefante con muy buenos modales—, ¿ha visto por estas regiones una cosa llamada cocodrilo?

El cocodrilo guiñó su otro ojo y levantó un poco la cola que tenía hundida en el barro. El hijo del elefante se echó hacia atrás a toda velocidad, pues no quería que nadie volviera a golpearlo.

—Ven aquí, pequeño elefante —le dijo el cocodrilo—. ¿Por qué preguntas eso?

—Perdone usted —le dijo el elefante con muy buenos modales—, pero mi padre, mi madre, mis tías el avestruz y la jirafa, mis tíos el hipopótamo y el mandril, y también la serpiente boa de dos colores, me han pegado por mi insaciable curiosidad. Por eso me alejo de usted para no recibir más azotes.

—Acércate, pequeño —le dijo el cocodrilo—, pues el cocodrilo soy yo.

En ese momento, empezó a derramar lágrimas de cocodrilo para demostrar que era verdad lo que afirmaba.

El hijo del elefante se arrodilló en la orilla del río.

—Usted es a quien he estado buscando durante tantos días —le dijo—. ¿Quiere decirme qué es lo que come?

—Acércate un poco más, pequenuelo —insistió el cocodrilo—, y te lo diré al oído.

El elefantito puso la cabeza junto a la boca con grandes colmillos del cocodrilo y el cocodrilo lo agarró por la naricita que, hasta aquel día, tenía el tamaño de una bota.

—Creo —dijo el cocodrilo (y lo dijo sin separar sus dientes...)—, creo que empezaré tragándome... ¡al hijo del elefante!



El hijo del elefante le contestó (con la nariz tapada):

—¡Suélteme, que me lastima!

La serpiente boa de dos colores se deslizó hacia la orilla del río.

—Amiguito —dijo—, si no tiras ya mismo hacia atrás con todas tus fuerzas, creo que esa fiera que acabas de conocer te arrastrará de un tirón antes de que puedas decir ¡ay!

Entonces, el hijo del elefante afirmó en el suelo sus pequeñas posaderas y tiró y tiró y volvió a tirar con toda su fuerza, hasta que su nariz empezó a alargarse. El cocodrilo daba coletazos en el agua haciendo espuma como si su cola fuera un remo, y el hijo del elefante seguía tirando y tirando.

Cuando el hijo del elefante se dio cuenta de que sus patas le resbalaban en el barro (con la nariz tapada, una nariz que ahora medía ya casi un metro y medio) dijo:

—¡Esto es demasiado para mí!

La nariz del hijo del elefante siguió alargándose más y más; el pequeño se afirmaba con fuerza sobre sus cuatro patas y tiraba y tiraba. La serpiente boa de dos colores se acercó hasta la orilla del río, se enroscó con doble vuelta en las patas de atrás del elefantito y dijo:

—Caminante curioso e inexperto, vamos a ayudarte un poquito...

Tiró ella también y, finalmente, el cocodrilo soltó la nariz del elefante con un “¡chup!” que se oyó desde muy lejos. El hijo del elefante tuvo buen cuidado de dar las gracias a la serpiente boa de dos colores e, inmediatamente, envolvió su nariz en cáscaras de banana y la sumergió en las aguas verdosas, grises y frescas del río Limpopo. Pero la nariz no se le acortó ni un poquito, pues, verás, hijo mío, que el cocodrilo, al tirar con tanta fuerza, se la había convertido en una auténtica y verdadera trompa, igual a la de los elefantes de hoy.

—¡Ya verás que te conviene! —dijo la serpiente boa de dos colores.

Casi sin darse cuenta, el elefantito levantó su trompa y con ella espantó a una mosca que acababa de posarse en su lomo.

—¡Primera ventaja! —comentó la serpiente boa de dos colores.

El hijo del elefante sintió hambre. Alargó la trompa y agarró un buen puñado de hierbas, lo sacudió para quitarle el polvo y se lo llevó a la boca.

—¡Ventaja número dos! —exclamó la serpiente boa de dos colores.

—Así es —dijo el elefantito. Y como tenía calor, sin pensar en lo que hacía, sorbió una buena cantidad de barro de la orilla del río Limpopo, de aguas verdosas y grises, y lo derramó por su cabeza, donde el barro formó un fresco sombrerito que le hacía cosquillas en las orejas.

—¡Ventaja número tres! —dijo la boa.

—Bueno —dijo el elefante—, ahora me vuelvo a casita.



Y el elefantito regresó a su hogar balanceando continuamente la trompa. Cuando quería comer alguna fruta, la arrancaba del árbol en vez de esperar a que se cayera, como antes. Además, en los momentos en que se sentía muy solo, cantaba con su trompa y hacía un ruido que se escuchaba por las grandes llanuras de África. Durante todo el viaje, se dedicó a recoger todas las cáscaras de melón que él mismo había tirado, porque era un paquidermo muy limpio.

Una linda tardecita, llegó a su casa, curvó la trompa hacia arriba y dijo:

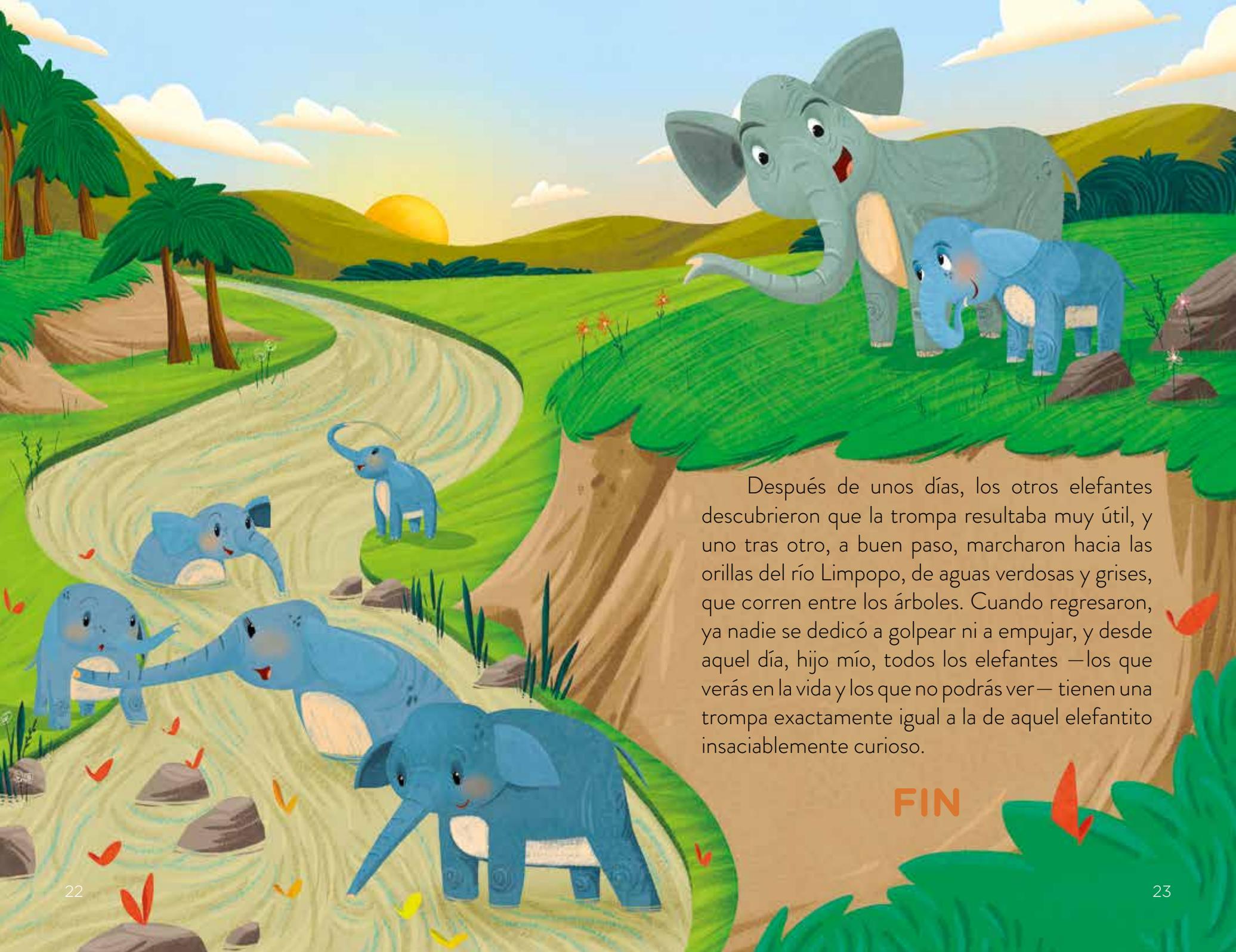
—¿Cómo están todos?

Se alegraron mucho al verlo, pero enseguida dijeron:

—Mereces un castigo por irte tan lejos y por lo que has hecho con tu nariz.

—¡No! —exclamó el elefantito y, alargando la trompa, con un par de empujones, dejó tendidos en el suelo a varios de sus hermanos.



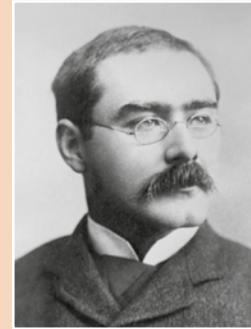


Después de unos días, los otros elefantes descubrieron que la trompa resultaba muy útil, y uno tras otro, a buen paso, marcharon hacia las orillas del río Limpopo, de aguas verdosas y grises, que corren entre los árboles. Cuando regresaron, ya nadie se dedicó a golpear ni a empujar, y desde aquel día, hijo mío, todos los elefantes —los que verás en la vida y los que no podrás ver— tienen una trompa exactamente igual a la de aquel elefantito insaciablemente curioso.

FIN

Biografía

RUDYARD KIPLING



Rudyard Kipling es autor de *El hijo del elefante*. Nació en la India, en 1865, y allí vivió hasta los 6 años. En ese momento, sus padres, que eran ingleses, lo enviaron a Londres para que asistiera a la escuela. Una vez que terminó sus estudios, Kipling regresó a la India y viajó por otros países de Asia.

Fue autor de hermosos cuentos sobre animales que él mismo les narraba a sus hijos cuando eran pequeños. Sus principales obras son *El libro de la selva*, *Capitanes intrépidos* y *Kim de la India*. Varias de sus historias fueron llevadas al cine y, gracias a eso, muchos niños conocen a Mowgli, un muchachito criado en la selva por una familia de lobos.

Rudyard Kipling murió en Londres en 1936.

El hijo del elefante



Este libro se terminó de diseñar
y se publicó en el mes de
noviembre del año 2019.